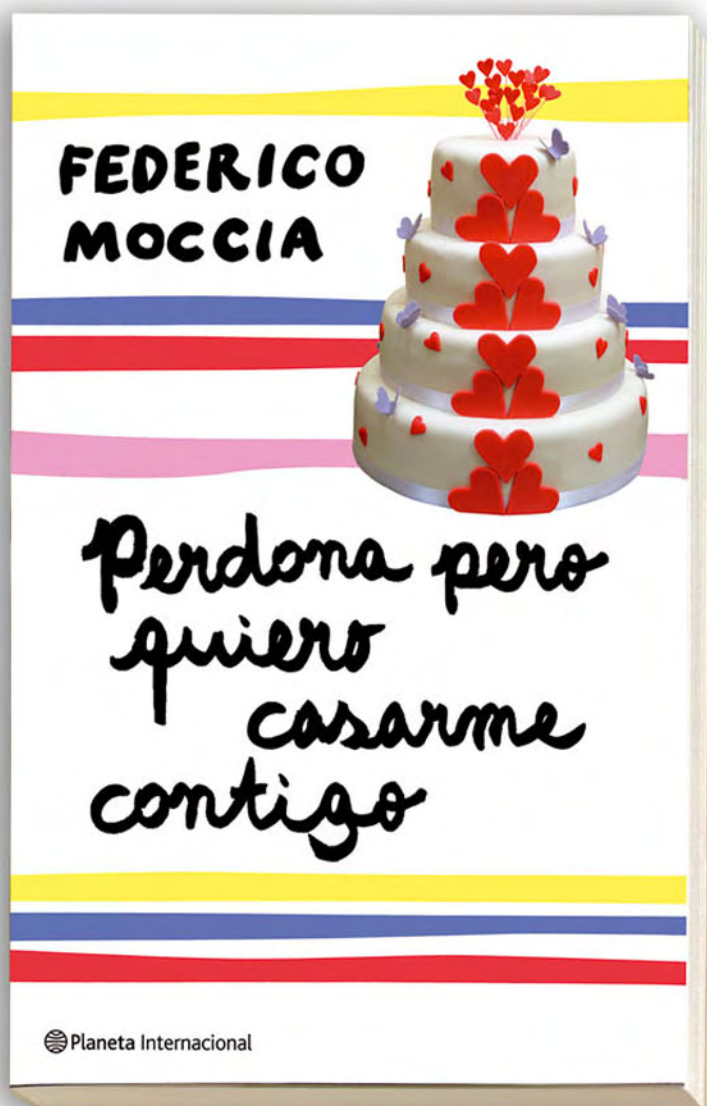


1er. Capítulo

Perdona pero quiero casarme contigo

Federico Moccia



La esperada segunda parte de *Perdona si te llamo amor*.
La historia de amor continúa...

Uno

«Te quiero.»

Casi le gustaría pronunciarlo en silencio, susurrarlo. En cambio, Alex se limita a sonreírle y a mirarla. Duerme despreocupada envuelta entre las sábanas. Dulce, suave, sensual, con una ligera mueca de enojo en la boca, con los labios entreabiertos que todavía saben a amor. Su amor. Su gran amor. Se detiene, se yergue. Una duda. ¿Alguna vez te ha gustado otro, Niki? Alex permanece absorto, en silencio, inmóvil, se aparta un poco de ella como si pretendiese enfocarla. Sonríe. No, no es posible. ¿Qué estoy diciendo? A Niki le gusta otro... Eso es imposible. Pero de nuevo lo asalta la duda, una penumbra breve, un espacio de la vida al que él no ha tenido acceso. Y su frágil seguridad se deshace en un abrir y cerrar de ojos, como un helado en manos de alguien resuelto a hacer dieta un día de mediados de agosto, en la playa.

Ha pasado ya un año desde que regresaron de aquel faro, de la Isla Azul, de la espléndida isla de los enamorados.

Regresa en un instante a ese lugar.

Finales de septiembre.

—Alex, mira... Mira... ¡No tengo miedo!

Niki está en lo alto de un peñasco, completamente desnuda, recordada por el sol que se encuentra a sus espaldas. Sonríe a contraluz y grita:

—¡Me tirooo! —y salta al vacío.

Su melena oscura con algunas mechas aclaradas por el sol y el mar, por todos esos días que han pasado en la isla, la sigue ligeramen-

te rezagada. ¡Plof! Está en el agua. Mil burbujas en torno a ella, que desaparece en el azul del mar.

Alex sonrío y sacude la cabeza, divertido.

—No me lo creo, no me lo creo...

Se levanta de un peñasco más bajo donde estaba leyendo el periódico y se tira también. En un abrir y cerrar de ojos, emerge junto a las burbujitas y la ve reaparecer risueña.

—Entonces, ¿qué?, ¿te ha gustado? Tú no te atreves...

—Pero ¿qué dices?

—En ese caso, vamos, prueba... No tengo todo el día...

Se ríen divertidos y se abrazan, desnudos, agitando los pies bajo el agua a toda velocidad para mantenerse a flote. Se dan un beso salado, prolongado, suave, con el sabor dulce del amor. Sus cuerpos calientes se aproximan y se unen en el agua fresca. Están solos. Solos en medio del mar. Y un beso, y otro, y otro más. De repente se levanta una ráfaga de viento. El periódico sale volando, abandona el peñasco, se levanta, revolotea a lo lejos, arriba, más arriba, como una cometa sin hilo que, furiosa y rebelde, se abre de repente desplegando sus alas y parece multiplicarse en otros diarios idénticos que, plof, se abren también con el viento y a continuación caen en picado sobre Alex y Niki.

—¡Nooo! Mi periódico...

—¡Qué más da, Alex! ¿Hay algo indispensable que debas saber?

Se separan y nadan veloces para recoger las páginas mojadas: anuncios, malas noticias, datos económicos, crónicas, política y espectáculos.

—Aquí está, ¿ves?..., es mi periódico...

Pero el interés dura un instante, Alex esboza una sonrisa. Es cierto, ¿qué debería saber? ¿Qué necesito? Nada. Lo tengo todo. La tengo a ella.

Alex mira a Niki, que suspira y se da media vuelta en la cama como si hubiese sentido todos sus recuerdos. Acto seguido vuelve a exhalar un suspiro, esta vez más prolongado, y sigue durmiendo como si nada. Entonces Alex regresa a la isla como por encanto, se ve delante del fuego que encendieron en la playa esa misma noche, comiendo el pescado fresco del día que asaron sobre la leña que habían recogido

en un matorral cercano. Después permanecieron durante horas frente a las llamas que se fueron apagando poco a poco, escuchando la respiración del mar, y se bañaron a la luz de la luna en los charcos que había dejado tras de sí la marea alta. El sol había calentado durante todo el día el agua de mar que había quedado aprisionada.

—Ven, vamos, entremos en la cueva secreta; mejor dicho, en la cueva de los reflejos o en la cueva del arco iris... —Han atribuido un nombre a todos los rincones de la playa, desde los charcos naturales a los árboles, a las rocas y a los escollos—. ¡Sí, eso es, el peñasco elefante! —Sólo porque tiene una extraña curva que recuerda a una cómica oreja—. Ése, en cambio, es el escollo luna, y ése el gato... ¿Reconoces ése?

—No, ¿qué es?

—Es el peñasco del sexo... —Niki se acerca y muerde a Alex.

—Ay, Niki...

—Qué aburrido eres... ¡Creía que en esta isla viviríamos como los protagonistas de *El lago azul*!

—La verdad es que yo pensaba más bien en Robinson y en su Viernes...

—¿Ah, sí?... ¡En ese caso imitaré a un salvaje de verdad! —y vuelve a morder a Alex.

—Ah, pero, Niki...

Perder el sentido de los días, de las noches, del fluir del tiempo, la ausencia de citas, comer y beber tan sólo cuando se siente la verdadera necesidad de hacerlo, vivir sin problemas, discusiones o celos.

—Esto es el paraíso...

—Puede que sí; en cualquier caso, tenemos que acercarnos mucho...

—¡Eh...! —Niki esboza una sonrisa—. ¿Qué haces?

—Tengo ganas de...

—Entonces iremos al infierno...

—Al paraíso, perdona, porque si te llamo amor tengo salvoconducto...

Niki hace burbujas con los labios, como si fuese una niña pequeña y borbotease porque no sabe realmente qué decir, como si tuviera la necesidad de que le presten atención. Y de que la quieran. Alex la mira risueño.

Hace más de un año que regresaron a Roma, y desde entonces todos los días han sido diferentes. Da la impresión de que ambos se han tomado al pie de la letra esa canción de los Subsonica: «Debemos evitar a toda costa que la costumbre se instale entre nosotros, entre las frases de dolor y alegría, en el deseo, debemos rechazarla en todo momento...»

Niki se matriculó en filología, empezó a estudiar en seguida, y ha hecho ya varios exámenes. Alex, por su parte, volvió al trabajo, pero el tiempo que pasaron en la Isla Azul los marcó, los hizo mágicos, les dio una gran seguridad... Sólo que a Alex, algunos días después de regresar, le pareció extraño volver sin más a la consabida y vieja realidad. Y tomó una decisión. Quiso dejarlo todo a sus espaldas para que ninguna de las páginas de su nueva vida pudiese tener el regusto del pasado.

Así pues, ese día se produjo la magnífica sorpresa.

—Alex, parecemos dos chalados...

—De eso nada... No pienses y ya está.

—Pero ¿cómo no voy a pensar?

—No pienses y punto. Hemos llegado.

Alex se apea del coche y se apresura a rodearlo.

—Espera, te ayudo.

—Claro que me ayudas... ¡Si te parece, bajo sola del coche con los ojos vendados! Quizá salga por el lado equivocado, después cruce la calle y...

—¡Amor! No lo digas ni en broma... Pero bueno, si eso llegase a suceder, nunca te olvidaría.

—¡Imbécil!

Niki, con los ojos todavía vendados, prueba a asestarle un golpe en el hombro, pero como no ve, da en el aire. Después vuelve a intentarlo y esta vez le hace blanco en el cuello.

—¡Ay!

—Te lo mereces...

—¿A qué te refieres?

—Sí..., por decir esas maldades.

Alex se masajea la nuca ante la mirada asombrada del portero.

–Pero, cariño, has sido tú quien ha dicho...

–¡Sí, pero después tú has soltado esa tontería!

–¿Cuál?

–Sabes de sobra a qué me refiero..., que nunca me olvidarás en caso de que acabe bajo las ruedas de un coche...

Alex le coge la mano y la lleva hasta el portón.

–¿Has entendido lo que he dicho, Alex?

Niki le da un pellizco.

–¡Ay! Claro que sí, amor...

–No debes olvidarme jamás, salvo que...

–Está bien, pero de esa forma el recuerdo se intensifica. Por ejemplo, si ahora acabas bajo las ruedas de una moto vendada de esa forma...

–¡Imbécil! –Niki intenta golpearlo de nuevo, pero en esta ocasión Alex se agacha a toda prisa y se pone en seguida detrás de ella para esquivarla.

–Estaba bromeando, cariño...

Niki trata de pellizcarlo otra vez.

–¡Yo también!

Alex intenta eludir su mano, que, sin embargo, consigue alcanzarlo también en esta ocasión.

–¡Ay!

–¿Lo entiendes o no? –Niki se echa a reír y sigue tratando de pellizcarlo mientras Alex la empuja hacia adelante apoyando las manos en sus hombros y echándose él hacia atrás.

–Buenos días, señor Belli –el portero lo saluda divertido.

Alex se lleva el dedo índice a los labios para indicarle que guarde silencio.

–¡Chsss!

Niki se vuelve desconfiada con la venda todavía en los ojos.

–¿Quién era?

–Un señor.

–Sí, lo sé, lo he oído..., ¡y te conoce! Pero ¿dónde estamos?

–¡Es una sorpresa! Llevas los ojos vendados... ¿Quieres que te diga dónde estamos? Perdona, ¿eh?... Deténte aquí un momento.

Alex se adelanta y abre el portal.

–Quieta, ¿eh?...

–Ya ves que no me muevo.

Niki resopla y cruza los brazos sobre el pecho. Alex entra, llama el ascensor y a continuación vuelve a por ella.

–Venga, adelante, adelante..., así, cuidado con el escalón, todo recto... ¡Cuidado!

Niki se asusta y da un brinco hacia atrás.

–¿Qué es?

–Oh, no, nada... ¡Me he equivocado!

–¡Imbécil! ¡Me has dado un susto de muerte, idiota!

–Amor mío... Estás diciendo demasiadas palabrotas... ¡Me tratas fatal!

–¡Y tú estás haciendo el idiota!

Alex se ríe y hace ademán de pulsar el botón del ascensor, pero antes de que las puertas se cierren entra un señor con una cara alegre y rechoncha. Debe de rondar los sesenta años. Se queda perplejo por unos instantes, mira a Alex divertido, a continuación a Niki con los ojos vendados, y luego de nuevo a Alex. Entonces arquea las cejas y pone la expresión propia de un hombre que ha vivido mucho, muchísimo.

–Subid, ¡subid solos!

Y acto seguido sale con una sonrisa maliciosa en los labios. Alex asiente y pulsa el botón. Las puertas se cierran, Niki siente curiosidad y está ligeramente inquieta.

–Pero ¿se puede saber qué está pasando?

–Nada, cariño, nada, todo va bien.

El ascensor llega al piso.

–Ya está, sígueme. –Alex le coge la mano y la guía por el rellano, abre la puerta a toda prisa, hace entrar a Niki y la cierra a sus espaldas–. Ven, Niki... Ven conmigo. Cuidado, eso es, pasa por aquí.

La ayuda a esquivar una mesita baja, un sofá todavía envuelto en plástico, un perchero y un televisor embalado. Acto seguido, abre la puerta de una gran habitación.

–¿Estás lista? Tachán...

Alex le quita la venda de los ojos.

—No me lo puedo creer... ¡Pero si estoy en mi habitación! —Niki mira a su alrededor.

—¿Cómo has conseguido entrar en mi casa?... ¿Qué sorpresa es ésta? ¿Las personas de antes eran mis padres? Pero su voz... No me parecieron ellos.

Niki sale de la habitación y se queda estupefacta. El salón, el pasillo, las otras habitaciones, los baños y la cocina han cambiado por completo. Regresa a su dormitorio.

—Pero ¿cómo es posible? —Ve la mesa, los pósteres, las cortinas y los peluches de siempre—. Todas mis cosas... aquí, ¡en otra casa!

—Sí, he cambiado el cuarto por ti, quería que sintieses esta nueva casa como si fuese tuya. —A continuación, la abraza—. Cuando quieras venir aquí, tendrás tu propia habitación...

Alex saca su teléfono móvil y le enseña las fotografías de la habitación de Niki que todavía conserva.

—Pero ¿cómo lo has hecho?

—Una foto cada vez... —Alex sonrío y vuelve a meterse el móvil en el bolsillo—. Lo más difícil fue encontrar los peluches... ¿Te gusta? No puedes decir que no... ¡Todo lo has elegido tú! —Niki se echa a reír y Alex se aproxima a ella y la abraza—. ¿La estrenamos? —Y le da un beso ligero, suave, alegre. A continuación se separa de ella, sonrío y le susurra entre el pelo, junto a la oreja—: Estamos en tu habitación... ¡Pero tus padres no pueden entrar! Es perfecto. Adrenalina..., pero sin riesgo.

Acaban echados sobre la cama nueva. La cama de ella, la de ellos. Y en un instante se dejan llevar por la risa, los suspiros, en ese nuevo nido que no tarda en impregnarse con el aroma del amor.

Más tarde.

—Ah... Debajo de la mesa tienes también tus cajones... —Alex se acerca y abre los tres a la vez—. Éstos, en cambio, son falsos, los he convertido en un pequeño minibar... —Saca una botella de champán—. A saber lo que había en los de tu casa... Probé a abrirlos, pero siempre estaban cerrados con llave...

Niki sonrío.

–Pequeños o grandes... secretos.

Alex la mira, en un principio sonriente, inquieto después. Pero luego se dan un beso, y otro, y otro más. Y beben un poco de champán, y brindan:

–¡Por la nueva casa!

Y esas burbujas, esas risas y esa mirada repentinamente distinta... Los celos se desvanecen de su mente como por encanto, plof, el sabor del amor que sienten los aleja.

Alex le coge la mano y le muestra el resto de la casa: el salón, la cocina, los cuartos de baño, todas las cosas que todavía deben elegir juntos. Entran en el dormitorio de él.

–Es precioso...

Alex ve su agenda sobre la mesilla de noche. Recuerda lo que ha escrito en ella, las palabras y las tontas e inútiles pruebas que ha hecho en su despacho. Y luego esa frase: «En la vida hay un instante en que se sabe perfectamente que ha llegado el momento de saltar. Ahora o nunca. Ahora, o nada será como antes. Y el momento es éste.» Saltar. Saltar. De improviso, su voz. De nuevo ahora, esa noche.

–Alex...

Se vuelve hacia ella.

–¿Eh? Sí, cariño, dime...

Niki tiene los ojos ligeramente entornados.

–¿Qué hora es? ¿Por qué no duermes?

–Estoy pensando...

–De vez en cuando, deberías dejar de trabajar, amor mío... Eres incorregible...

Niki se vuelve poco a poco hacia el otro lado, mostrando parcialmente sus piernas y encendiendo en un instante su deseo. Alex esboza una sonrisa. No. La dejaré descansar.

–Duerme, tesoro. Te quiero...

–Mmm... Yo también.

Una última mirada a la agenda. Ahora o nunca. Y Alex se desliza bajo las sábanas con una sonrisa en los labios, como si todo hubiese ocurrido ya. Y la abraza por detrás. Niki también sonrío. Y él estrecha el abrazo. Sí. Es lo correcto.

Dos

–Amor, tengo que marcharme... Ven, vamos, el desayuno está listo.

Niki vierte un poco de café de la cafetera humeante en las dos tazas grandes e idénticas. Llega Alex. Se sienta todavía medio dormido delante de ella. Niki le sonrío.

–Buenos días, ¿eh?... ¿Has dormido bien?

–Más o menos...

–No sé por qué, pero creo que volverás a meterte en la cama...

–De eso nada, yo también tengo que salir.

Niki acaba de servir el café y vuelve a sentarse.

–Aquí tienes la leche caliente, aquí la fría y aquí las galletas de chocolate que compré el otro día. Están riquísimas, pero he visto que no las has abierto.

Alex apoya la jarra en el borde de la taza y se sirve un poco de leche. Niki se acerca su taza a la boca y a continuación sonrío casi oculta por la misma.

–¿Te acuerdas de éstas, cariño?

Alex coge la taza y la hace girar entre las manos.

–¿Éstas? ¡No las he visto en mi vida!

–¡Pero, cariño, si son las que compramos la primera vez que nos fugamos a París! ¿Te acuerdas? Cuando te las regalé me dijiste: «Un día desayunaremos con estas tazas sentados a la mesa de nuestra propia casa.» ¿Recuerdas?

Alex da un sorbo a su capuchino y niega con la cabeza, risueño.

–No...

–Mientes. Bueno, da igual, no lo he dicho con segundas.

Alex casi se atraganta. Coge una galleta de chocolate, se la lleva a la boca y empieza a masticarla.

–Mmm..., qué buena...

–Ya lo creo... Bueno, yo me marchó, hoy tengo clase y será demasiado... –Niki coge la chaqueta del armario y se la pone—. Ah, a propósito, no creo que esta noche me quede a dormir; iré a casa a estudiar, luego al gimnasio y después cenaré con mis padres. Tengo la impresión de que el hecho de que me quede a dormir de vez en cuando en casa de «Olly» los está exasperando un poco.

–¿Por qué?

–Porque han entendido de sobra que «Olly» eres tú.

–Ah..., claro...

Alex se queda con una galleta a medio morder en la boca. Niki le sonrío y hace ademán de salir.

–Oye, no bebas demasiado café, que luego no duermes por la noche..., ¿eh? lo mira con intención.

Alex se hace el sueco.

–Sí, tienes razón. Ayer me bebí el último demasiado tarde, cuando estaba en el despacho...

Niki reflexiona por un momento y luego se detiene.

–Oye, Alex... No, nada.

Él se levanta y se encamina hacia ella.

–¿Qué pasa, Niki? Dime.

–No, no, nada... –Hace ademán de abrir la puerta. Alex se lo impide y se planta delante de ella.

–O me lo dices o te haré llegar tarde a clase. Venga, ¿qué te ronda por la cabeza?

–¿A mí?

–Pues sí... ¿A quién, si no?

Niki sonrío.

–Siento curiosidad. ¿En qué pensabas esta noche mientras mirabas cómo dormía?

–Ah... –Alex exhala un suspiro y se dirige hacia la mesa—. Y yo que creía... –Se sienta y le sonrío—. Pensaba en la suerte que tengo.

Pensaba: esta chica es realmente guapa. Y además pensaba en el momento que estamos viviendo y que... Mira, casi tengo miedo de decírtelo.

Niki se acerca y lo observa con ojos exultantes, resplandecientes, llenos de entusiasmo.

–No tengas miedo, cariño, te lo ruego, dilo.

Alex la mira a los ojos, inspira profundamente y al final lo suelta.

–Pues bien, que jamás he sido tan feliz en mi vida.

–Amor mío, eso es maravilloso –Niki lo abraza extasiada, y llena de entusiasmo.

Alex la observa con disimulo mientras ella permanece entre sus brazos. Está un poco enfadado consigo mismo. Le gustaría haber dicho algo más. Pero aun así sonríe, no muestra lo que piensa. Niki se separa de él.

–Bueno, me marcho; si no, llegaré realmente tarde. –Le da un beso fugaz en los labios–. ¡Te llamo luego! –y sale dejándolo así, con media galleta en la mano y media sonrisa en la cara.

–Sí... Adiós, cariño...

Recuerda por un instante la canción de Mina: «Ahora o nunca, te lo ruego. Ahora o nunca más, estoy segura de que tú también me amas.» Sonríe y se come el último trozo de galleta. Debe dar ese salto, ahora o nunca. Bueno, tampoco es realmente así. Todavía hay tiempo. Apura el capuchino. Al menos un poco, espero.

Tres

El vestíbulo del edificio es inmenso. Todo está pintado de blanco y la luz es abundante y difusa. Los suelos son de resina y transmiten una sensación casi lunar. Una gran escalinata en espiral abraza una de las paredes en su ascenso. Las gigantografías de las campañas publicitarias de las colecciones de otros años están colgadas por todas partes, dando testimonio de la importancia y la solidez de la casa de modas. Al otro lado de las puertas de cristal, dos jóvenes agraciadas y bien vestidas reciben a los recién llegados. Están sentadas frente a sendos pequeños escritorios y ambas tienen el portátil abierto y el teléfono inalámbrico a su lado. Junto a la recepción, una barra de bar ofrece un poco de todo para entretener a los invitados que deben esperar. Al otro lado hay una larga mesa baja de madreperla con varias revistas de moda y unos cuantos periódicos desperdigados por encima, y delante, un sofá blanco, comodísimo e inmenso. Dos mujeres de unos cuarenta años aguardan sentadas en él. Lucen unos trajes de chaqueta ajustados y unas botas beis con tacón de aguja. Van bien maquilladas y peinadas, y una de ellas lleva un maletín de piel. Hablan de manera sofisticada y parecen ignorar a propósito lo que sucede a su alrededor. En un momento dado, una de ellas mira su reloj y sacude la cabeza. Salta a la vista que alguien les está haciendo esperar demasiado.

Las puertas de cristal se abren de golpe y entra una guapísima chica de color vestida sencillamente con un par de vaqueros, un suéter y unas zapatillas de deporte. La siguen varias mujeres con algunas perchas que acaban de descargar del Suv que está aparcado delante de la

entrada. La chica se sienta en el sofá junto a las dos señoras, que de inmediato la observan tratando de mostrar indiferencia. La saludan con frialdad y a continuación retoman su conversación. Ella les devuelve el saludo con una sonrisa y comprueba aburrida su móvil. Mientras tanto, las mujeres que la acompañan siguen descargando los vestidos cubiertos con plásticos. Tal vez se trate de una modelo que deba desfilas para algún cliente.

Olly camina arriba y abajo, nerviosa. Trata de mantener la calma. Ha elegido con esmero todos los detalles de su indumentaria. Viste un par de pantalones blancos preciosos, una camiseta y una cazadora ajustada de color lila con un gran cinturón. Lleva una carpeta con varios dibujos y fotografías impresas en un soporte rígido. Y, claro está, el currículum que mandó con anterioridad junto a la solicitud para poder realizar las prácticas. El corazón le late a toda velocidad. ¿Cómo irá la entrevista? Quién sabe cuántas preguntas le harán. A pesar de que pagan una miseria por las prácticas, éstas pueden suponer una buena ocasión para ella. Pasar unos meses allí, trabajar en alguna campaña, ganarse la simpatía de alguien, todo eso podría abrirle numerosas puertas. Incluso la posibilidad de conseguir un trabajo de verdad. Ojalá.

La chica de color se levanta del sofá. Una de las dos recepcionistas le ha indicado que se acerque con un ademán. Olly consigue oír lo que dicen: la están esperando en el piso de arriba. Se vuelve y les dice a las mujeres que están con ella que la sigan. Acto seguido, empieza a subir la escalera con unos movimientos elegantes e inequívocos.

Caramba, piensa Olly, es despampanante. Pero ¿y yo? ¿Cuándo me tocará a mí? Mira el reloj. Son ya las seis. Me dijeron que viniera a las cinco y media. Uf. Hasta los zapatos empiezan a dolerme. Los llevo puestos desde esta mañana. No estoy acostumbrada. Los tacones son demasiado altos. Lanza una última ojeada a la modelo, que en esos momentos desaparece en lo alto de la escalinata. Menuda suerte tiene de llevar zapatillas de deporte. Pero ella tiene la vida resuelta. Ya trabaja.

Al cabo de unos instantes, una de las dos recepcionistas se asoma.

—Perdone, señora Crocetti...

Olly se vuelve.

—¿Sí?

—Acaban de avisarme de que puede usted subir. Egidio Lamberti la está esperando. Suba y llame a la primera puerta de la derecha. De todas formas, el nombre está escrito en la placa... —y le sonrío de manera afable, aunque circunspecta.

Olly le da las gracias y empieza a subir. Egidio. Menudo nombrecito. ¿Quién será? ¿Un tipo del año mil antes de Cristo? Más que un nombre, es una antigualla. Mientras sube tropieza con la carpeta, que ha golpeado un escalón. Olly se vuelve para ver si en el vestíbulo alguien se ha dado cuenta. Como no podía ser menos, las dos señoras que están sentadas en el sofá, sí. La escrutan. Olly se vuelve de nuevo hacia adelante. Se sobrepone. No, no quiero saber qué cara han puesto o si se están riendo de mí. No quiero que esas dos tristonas almidonadas me traigan mala suerte. Así pues, prosigue su ascenso con la cabeza bien alta. Llega al piso de arriba. Mira a su derecha. Ve la puerta y la placa: «EGIDIO LAMBERTI.» Llama con delicadeza. Nadie responde. Llama de nuevo, esta vez con un poco más de energía. Sigue sin haber respuesta. Prueba por tercera vez, pero en esta ocasión lo hace con demasiada fuerza. Se mete la mano en la boca como diciendo: «¡Huy, qué exagerada!» Por fin oye una voz en el interior.

—Menos mal... Entre, entre...

Olly arquea las cejas. ¿Por qué «menos mal»? No es culpa mía que me haya hecho esperar más de media hora. Yo he llegado puntual. Más aún, con antelación. Por si fuera poco, menuda voz, nasal. Qué sensación tan espantosa.

Baja el picaporte poco a poco.

—¿Se puede?

Mantiene la puerta entreabierta durante unos segundos y asoma sólo la cabeza para echar un vistazo. Espera una señal, algo, en plan «por favor». Pero nada. Entonces hace acopio de valor, abre la puerta de par en par, entra y la cierra a sus espaldas.

Detrás de una mesa de cristal muy grande hay un hombre de unos cuarenta años, con entradas en la frente y unas gafas de montura muy llamativa. Va vestido con un suéter fino de color rosa, una camisa roja debajo y un sombrero tipo borsalino de cuadros en la cabeza. Está

sentado y concentrado en la pantalla de un Mac. Debe de tener unos cuarenta años. El nombre le sienta aún peor, piensa Olly.

El tipo no alza la mirada, sino que se limita a hacer un gesto para indicarle que se acerque.

Olly da algunos pasos, vacilante.

–Buenos días, me llamo Olimpia...

Ni siquiera le da tiempo a decir su apellido.

–Sí, sí, Crocetti..., lo sé –le dice él, siempre sin mirarla–. Fui yo quien concertó la cita, así que supongo que, cuando menos, debo de saber cómo se llama, ¿no? Siéntese. Olimpia, vaya nombre...

El corazón de Olly late cada vez con más fuerza. ¿Qué pretende? ¿No le gusta el nombre de Olimpia? Pues anda que el suyo... De nuevo, esa terrible sensación. No, no, no. Así no. Repónte. Ánimo. Respira, venga, que no es nada. Lo que pasa es que está enfadado, quizá haya dormido poco, haya comido mal, no haya hecho el amor esta noche o a saber desde cuándo..., pero no por eso deja de ser un hombre... Ahora me lo trabajaré un poco. Olly cambia de expresión y adorna su cara con la mejor de sus sonrisas. Seductora. Abierta. Serena. Intrigante. La sonrisa de Olly al ataque.

–Bien. He venido para solicitar un período de prácticas... Sería un honor para mí...

–Claro que sería un honor para usted..., somos una de las casas de moda más importantes del mundo... –y sigue tecleando en el ordenador sin mirarla.

Olly traga saliva. Extrasuperterrible sensación. No. En su caso no se trata de un mal día. La acidez es suya. Sí. Tiene uno de esos caracteres difíciles y estresados, una persona que trabaja demasiado, que se pasa la vida en el despacho y que jamás se relaja. Pero lo conseguiré. Tengo que hacerlo.

–Cierto. Precisamente por eso los he elegido a ustedes...

–No, usted no nos ha elegido a nosotros. A nosotros no se nos elige. Somos nosotros los que elegimos –y esta vez alza los ojos de la pantalla del ordenador y la escruta. Así, directo, sin preámbulos.

Olly nota que sus mejillas enrojecen. Y también la punta de las orejas. Menos mal que no se ha recogido el pelo, porque de ser así se

notaría. Inspira profundamente. Lo odio. Lo odio. Lo odio. Pero ¿quién es este tío? ¿Quién se ha creído que es?

—Justo. Es obvio. Sólo decía que...

—Usted no tiene nada que decir. Debe enseñarme sus trabajos y punto. Ellos hablarán por usted... Vamos... —dice, y hace un ademán apremiante con la mano—. Ha venido para eso, ¿no? Veamos qué es lo que sabe hacer... y, sobre todo, cuánto tiempo perderemos con usted.

Olly empieza a inquietarse de verdad. Pero resiste. A veces es necesario saber encajar las cosas para obtener lo que se desea. Es inútil enfrentarse con él ahora, pese a que es un verdadero capullo... Inspira de nuevo. Coge la carpeta y la abre sobre la mesa. Saca sus trabajos. Varios diseños realizados con diferentes técnicas, algunos también de vestidos. Y luego las fotografías. De Niki. Diletta. Erica. De desconocidos en la calle. Retratos. Escorzos. Paisajes. Los pasa uno a uno para enseñárselos a Egidio. Él los va cogiendo, los hace girar varias veces y desecha algunos con aire desdeñoso. Masculla algo entre dientes. Olly no consigue entenderlo, se esfuerza y se inclina un poco sobre la mesa.

—Mmm... Banal... Previsible... Horrendo... Semipasable... —Egidio dispara una retahíla de adjetivos en voz baja mientras va examinando los trabajos.

Olly se siente desfallecer. Sus trabajos. El fruto de tanto esfuerzo y fantasía, de noches en blanco, de intuiciones captadas al vuelo con la esperanza de tener al alcance de la mano papel y lápiz o la cámara fotográfica, tratado así, con arrogancia, peor aún, con desprecio, por un tipo que se llama Egidio y que se viste de rojo y rosa. Como un geranio. Llegan al último. Una reelaboración con Photoshop de una de las últimas campañas publicitarias de una casa de modas. De la casa de modas donde se encuentra ahora mismo, para ser más exactos. Egidio la mira. La observa. La escruta. Y masculla de nuevo entre dientes.

Eso sí que no. Esta vez no. Olly prueba a intervenir:

—Ésta la hice para sentirme ya un poco parte de ustedes...

Egidio la mira por encima de la montura de sus gafas. La escruta intensamente. Olly se siente cohibida y desvía la mirada hacia la pared que tiene a su derecha. Y lo ve. Allí, a la vista de todos, encima de

un valioso mueble de madera de estilo moderno. Un gran y precioso trofeo con una placa debajo: «A EGIDIO LAMBERTI, EL EDDY DE LA MODA Y DEL BUEN GUSTO. BRITISH FASHION AWARDS.» Sigue mirando. En la pared hay colgados otros reconocimientos. Mittelmoda. Premio al mejor estilista joven de 1995. Y varios diplomas y placas más. Y todos llevan su nombre. No Egidio, sino Eddy. Esto mejora; al menos, el nombre.

Olly se vuelve de nuevo y lo mira. Egidio-Eddy sigue escrutándola con la reelaboración de Photoshop todavía en la mano.

—A ver si lo entiendo... ¿Me está diciendo que para sentirse más próxima a nosotros nos ha robado un anuncio? ¿Es ése su concepto de creatividad?

Olly está desconcertada. No logra reaccionar. Siente que se le saltan las lágrimas, pero recupera el dominio de sí misma una vez más. Contiene el llanto y la recuerda. La frase que siempre escribía en el diario del colegio. Todos los años, copiándola una y otra vez bajo el horario de tutoría de los profesores. «Los buenos artistas copian, los grandes artistas roban.» Y, sin darse cuenta, la dice en voz alta.

Egidio-Eddy la mira. Acto seguido mira los diseños. Luego de nuevo a Olly.

—Por el momento, usted no pasa de ser una copia.

Olly, a punto de reventar de rabia, piensa por un momento en coger todos sus trabajos y en volver a meterlos en la carpeta. Pero después, sin saber a ciencia cierta por qué, inspira profundamente por enésima vez y se contiene. Mira a Egidio-Eddy a los ojos. No se había percatado de hasta qué punto son azules. Y espera la frase conteniendo el aliento. En estado de apnea.

—Entonces, ¿he sido seleccionada para las prácticas o no?

Él se queda pensativo. Vuelve a mirar la pantalla del ordenador portátil. Teclea algo.

—De todas las personas que he visto hasta ahora usted es, de todas formas, la menos desastrosa. Pero sólo porque parece lista... —Acto seguido, alza los ojos y la mira—. Y, según parece, tiene carácter. Sus trabajos, en cambio, son lamentables. Puedo asignarla al departamento de Marketing, dado que le gustan tanto nuestras campañas publicitarias... Claro está, al principio tendrá que limitarse a las consabidas

fotocopias y al café, y a ordenar algunos de los archivos de direcciones que usamos para mandar invitaciones y publicidad. Pero no debe sentirse denigrada por eso. Nadie entiende nunca, en especial ustedes, los jóvenes de hoy, cuánto se puede aprender escuchando y moviéndose aparentemente al margen del centro de la escena. Donde las cosas suceden. Veamos si es lo bastante humilde para resistir..., después hablaremos... Ahora coja esos dibujos dignos de un alumno de preescolar y váyase. Nos vemos mañana por la mañana a las ocho y media. –La mira por última vez a los ojos–. Sea puntual.

Puntual como tú, piensa Olly mientras recoge sus dibujos y sus fotografías y los mete de nuevo en la carpeta. Egidio-Eddy vuelve a concentrarse en el ordenador.

Olly se levanta.

–Entonces, hasta mañana. Buenas tardes.

Él no le contesta. Olly cierra la puerta a sus espaldas. Nada más salir, se apoya en ella. Alza la mirada al techo. Después cierra los ojos y resopla.

–Es duro, ¿eh? –Olly abre los ojos de golpe. Un chico casi tan alto como ella, moreno, con unos ojos verdes intensísimos, un par de gafas de montura al aire y una expresión divertida la está observando–. Lo sé, Eddy parece despiadado. A decir verdad, lo es, pero si lo convences todo irá sobre ruedas.

–¿Seguro? No lo sé... ¡Además, es la primera vez que un hombre no me mira ni por un instante! Quiero decir que, mientras estaba ahí dentro, se me ha ocurrido de todo: ¿tengo veinte años y estoy envejeciendo ya? ¿Soy cada vez más fea? En fin..., ¡que ese tipo te deprime al instante! ¡Me ha destrozado!

–No, eso no tiene nada que ver..., él es así. Excéntrico. Perfeccionista. Despiadado. Pero también es fantástico, genial y, sobre todo, capaz de descubrir nuevos talentos como nadie de los que trabajan aquí. Pero bueno, dime, ¿te ha echado o no?

–Me ha dicho que mañana me pondrá a hacer fotocopias. Un bonito comienzo...

–¿Bromeas? ¡Es un comienzo estupendo! No tienes ni idea de a cuánta gente le gustaría estar en tu lugar.

–Caramba..., pues estamos buenos en Italia si la gente sólo aspira a hacer fotocopias. Sin embargo, dado que, por lo visto, es la única manera de aprender algo sobre moda y diseño aquí, acepto...

El chico sonrío.

–¡Muy bien, eso es! Sabia y paciente. Por cierto, me llamo... –y mientras tiende la mano para presentarse, los folios que lleva bajo el brazo caen al suelo y se desperdigan por todas partes. Algunos bajan volando por la gran escalinata.

Olly se echa a reír. El chico se ruboriza avergonzado.

–Me llamo Torpe, así me... –dice, y se agacha para recogerlos.

Ella se arrodilla para ayudarlo.

–Sí, Torpe es el apellido..., ¿y el nombre? –le sonrío.

El chico se siente aliviado.

–Simone, me llamo Simone... Trabajo aquí desde hace dos años, en el departamento de Marketing.

–No, no me lo puedo creer.

–Créetelo..., trabajo allí.

–Yo también. A partir de mañana, si tienes que hacer fotocopias, dámelas a mí. Eddy ha decidido que empezaré por ahí, dado que mis dibujos dan pena.

–¡Caramba! ¡En ese caso te pasaré un montón de folios!

–¡Eh! Me parece que ya has empezado... –y mientras habla sigue recogiendo.

Simone la mira abochornado.

–Es verdad, perdóname..., tienes razón. Yo lo haré, has sido muy amable. Si tienes que marcharte, vete...

Olly recoge unos cuantos folios más, baja algunos peldaños de la escalinata y busca los que han ido a parar ahí. Sube de nuevo y se los da a Simone. Después mira el reloj. ¡Ostras! Las siete.

–Bueno, me voy.

Simone agrupa todas las hojas y se levanta.

–Claro, imagino que tendrás muchas cosas que hacer. ¡Mira que a partir de mañana tendrás poco tiempo libre! ¡Aprovecha esta noche!

Olly se despide y baja la escalinata. Esa frase le huele a sentencia. En cualquier caso, es cómico. Un poco torpe pero cómico. Simone la

contempla mientras ella se aleja. Ágil, esbelta, erguida. Guapa. Sí, es muy guapa. Y la idea de poder verla al día siguiente haciendo fotocopias lo anima. Olly espera a que la puerta de cristal se abra. Saluda a las dos recepcionistas. Acto seguido, abandona el edificio. Da algunos pasos, cruza el gran portón eléctrico y cuando está a punto de llegar junto a su moto lo ve. Está en el coche. En su nuevo Fiat 500 blanco con bandas negras a los lados. Le hace luces. Olly levanta la mano y lo saluda risueña. Se acerca a él corriendo y abre al vuelo la puerta.

—¡Caramba, Giampi! ¿Qué haces aquí? —Le planta un beso en la boca—. ¡Me alegro mucho de verte! ¡No me lo esperaba!

—Cariño, sabía que era un día importante para ti y he pensado en pasar a recogerte. Deja la moto aquí, después te traigo yo —dice Giampi mientras mete la primera.

—¡Está bien, genial! Es una de esas veces en que realmente me alegro de que existas...

Giampi la mira, falsamente disgustado.

—¿Por qué? ¿Las otras no?

—También..., ¡pero hoy necesito un poco de amor!

Giampi vuelve a sonreír. Si bien esa palabra lo agobia un poco, disimula.

—Cuéntame..., ¿cómo te ha ido?

—Diría que ha sido poco menos que desastroso... Pero lo conseguí... —y Olly decide contárselo todo mientras se dirigen hacia el centro dejando a sus espaldas el gran edificio.